

lante de todos los hombres, y vengará en ellos su primera ilusion perdida: Rosa la resuelta sabrá recoger mejor sus hombres, y al cabo encontrará uno que conociendola la pierda.

Aquí hay una serie de desdichas futuras, de que soy el origen.

¡Ese es el mundo! Y luego preguntan los filósofos de dónde nacen la inmoralidad y la corrupcion de las cortes.... Nacen de que el amor no ecsisten el mundo.

XVIII.

AGONIA.

1837 Hasta Diciembre.

Vamos á dar un vistazo sobre mí.

Mi mala suerte me arrancó de Madrid al cumplir los 22 años, cuando empiezan á germinar en el corazon de un jóven las ideas de amor, gloria, y ambicion.

Léjos de mis amigos, estudiantes francos y alegres, me encontré rodeado de una juventud grosera, ignorante, hipócrita: en vez de mis madrileñas pulidas, hermosas y discretas, solo encontré en Búrgos mugeres desaliñadas, medio profanas, medio religiosas, vestidas ridículamente, gazmoñas, desaseadas, zurdas. Búrgos no es otra cosa que un gran convento, donde las gentes que viven juntas por indolencia, se toleran por necesidad, se aman por interes. Un fraile y un peso lo dominan todo. Reina el silencio de la hipocresía; la inaccion

de la ignorancia tiene sumergida à la ciudad en un sopor pavoroso.

Yo que tenia la cabeza llena de las novelas de Paris; que estrañaba la agitacion y el brillo de Madrid, que me sentia ántes inflamado de nobles y grandes ambiciones, me encontré repentinamente en un teatro mezquino, y lleno de espectadores, despreciables para la altura à que me elevaban mis deseos. Cada hombre es un cómico en la farsa de la vida; y al pisar el tablado se resuelve à trabajar segun el respeto y las esperanzas que inspira el público que se abarca desde la primera mirada. Yo no encontraba público; sus aplausos prodigados à otros mas necios que yo, no podian darme gloria, ni siquiera vanidad.

Y el destino fatal me tenia á aquel desdichado lugar con una cadena inrompible. Mis esperanzas de volver à Madrid habian muerto: trasplantado como una planta ecsótica me habia secado en aquella atmósfera estraña, donde nunca ví el sol.... donde el amor de Serafina jamas lució para mí, dejandome marchitar poco à poco, como una flor privada de luz y de calor.

Este amor que en tantos años no he sabido expresar ni inspirar, acaso por demasiado puro, me entristece hasta el desaliento, y deseando alcanzar una esperanza siquiera, permanezco en la mas completa inaccion.

Que sé yo hasta que punto influyan mis impre-

siones pasadas, y por si pudieren explicar esta contradiccion, les darémos un vistazo retroactivo.

Durante mi niñez y mi primera juventud fué corrompido cuanto puede serlo un niño; y esta corrupcion precoz, aunque no agotó mi organizacion produjo el fastidio. En mi vida moral ya se vieron las impresiones que la han influido, y la desconfianza es hoy el rasgo dominante de mi carácter.

Los hombres, principalmente en Búrgos, me han enseñado que el interes, el egoismo es el único móvil del mundo: las mugeres de todas partes me han engañado ó me han obligado á engañarlas. ¿Y no es mejor en tal caso vivir en la inaccion que estrellarse contra un desengaño?

Hoy ya tengo la costumbre de preguntar me cuando un hombre me dá la mano, ó una muger me mira risueña—qué querrá de mí?....

La ambicion de amor está apagada por el desden inflexible de Serafina; el deseo de gloria no puedo satisfacerlo en la mezquina sociedad que me rodea; la avaricia ni la concibo. Le faltan resortes á mi vida moral.

Ni aun los placeres de la sensualidad me estimulan. Siempre he tenido una vida sobria y monótona; mi organizacion es completa por el equilibrio de los temperamentos, así es que ni aun las pasiones de la animalidad se pueden desarrollar violentamente.

Con las mugeres soy frio; ahora mas, habiendose reunido la desconfianza al fastidio de los amo-

res venales. No sacrificaré á un simple apetito, ni mi tiempo ni mi ingenio aunque perciba la facilidad de satisfacerlo poniendo los medios. ¿Es el alma la que desea? para mi alma no hay otra muger que Serafina. ¿Es el cuerpo quien lo necesita? Media onza de oro, y media hora de tiempo: he aquí lo que basta para él.

De algunos años á esta época no me conozco. Suspica y escarmentado, vivo inquieto y aislado; la susceptibilidad del corazon se ha hecho esquisita á fuerza de sufrir, y una palabra, una mirada que otro ni percibe, á mí me hiere el alma: dolores secretos me martirizan, callo por no encontrar la burla, y me privo hasta del consuelo de platicarlos. Yo que he sido el hombre social por carácter, voy adquiriendo una especie de misantropía insoportable; mis caprichos y mis extravagancias suelen enfadar á los amigos mas deferentes.

Sufro mucho!... y encubro mis pesadumbres con la máscara del hablador, del gracioso, del maldiciente. Para el mundo suelo pasar por un pereoso, un disipado, un cínico. Yo mismo me quiero analizar algunos momentos, y unas veces me creó un ángel, otras un demonio. Algunas acciones mias son tan nobles como pueden serlo las de un hombre; otras son tan viles como las de un hijo de Adam.

Doy pésimos consejos, y tengo miedo de cometer un crimen; me burlo de las mugeres, y junto á

ellas bajo los ojos; desconfio de todas y adoro á Serafina.

En dos palabras; no sé que soy ni quiero saberlo: que pase el tiempo y con él mi vida. No tengo otra esperanza.

¿Está la felicidad en el mundo? ¿Dónde se encuentra? La felicidad está bien lejos de la tierra: aquí no se goza nunca, se tienen ilusiones que se disipan en un momento. Pues gozarlas..... ¿Y cómo se goza con la conciencia de perder el bien, de no tenerlo seguro ni en lo que llamamos presente? Aun cuando fuera la verdadera dicha no satisfaría: la dicha debe ser eterna y segura, completa y fácil.

¿El optimismo!..... Precisamente. Un idiota, un bruto se conforma con pasar el dia; el que piensa en el porvenir del corazon se entristece hasta el desaliento.

Hé aquí el nuevo tinte de mis amores.

Yo amo á Serafina: ¿me ama ella? No—aquí está la desgracia.

¿Me ama Serafina? Sí. ¿Estoy seguro de que me amaria siempre; de que la amaria yo toda la vida sin fastidiarme de ella algun dia? No: y aquí está la desgracia.

Nos amamos hasta la muerte: ¿pero hemos de morir juntos?.... Tambien aquí está la desgracia.

Con esta incertidumbre no se puede gozar. La dicha absoluta está solo en el cielo, y por algo le llamaron á este mundo valle de lágrimas.

Entonces ¿por qué lloro, por qué deseo, por qué me entristezco y me sacrifico? ¿Alcanzar su amor!.. ¿y para qué? Seguir la gloria: ¿para qué? Buscar las riquezas: ¿para qué?

Serán sofismas; pero mientras yo los crea verdades, bastan para mantener mi desaliento.

Como médico, una de aquellas afortunadas curas que dan fama, estendió la mia por todo Búrgos, y mi clientela se aumentó como yo no creía. Pero me fastidiaban el estudio, la filantropía y el dinero. ¿Para qué el dinero si no me basta para comprar el amor de Serafina? ¿Para qué el estudio que no me hace feliz? ¿Por qué hacer bien curando los males de una sociedad que ha causado los míos, y se olvida de ellos, y los aumenta?...

Dejé á mis enfermos para encerrarme en mi casa á morir de inacción y de pereza. ¡Lástima de Gabriel!...—decían mis enfermos—es un buen médico, pero siempre está durmiendo, ó es preciso ir á sacarlo del café ó de los bastidores del teatro.

¡Pobre Gabriel!...—decían mis amigos—ha dado en la manía de que está enamorado, y esa maldecida lo va á volver loco.

En afecto, era ya una manía. ¿No me preguntaba yo mismo á propósito de todo—*para qué?*.... ¿No estaba yo convencido de la imposibilidad de mi amor? ¿No desconfiaba yo de ser dichoso aunque la tuviera en mis brazos, y escuchara de su boca la palabra que me habia costado tantos suspiros?.... Y sin embargo, estaba triste; me de-

sesperaba la idea de perderla, y sabiendo que Serafina no era la dicha, la deseaba, me hacia falta como la luz, como el agua, como el aire para respirar.

La inteligencia y el corazón luchaban: estaba yo en aquel estado de vigilia soporosa, en que siente uno que está delirando, percibe y rechaza los disparates de la imaginación, y no puede disiparlos ni moverse.... y se abandona uno por fin á la fuerza mágica de un martirio doloroso y lisongero.

Al complemento de este capítulo y aun de todo este libro, deberían ser mis versos, cuyos orígenes están aquí.

En prosa y verso soy lloron, quejumbroso.... y romántico, para no olvidar el epíteto vulgar: esto es natural porque en prosa y verso he sufrido; pesares positivos ó ficticios; debidos á mi mala fortuna ó á mi mala cabeza; pero el dolor lo siento, y los sufrimientos nunca han alegrado ni á los mártires. Jesucristo en el huerto de los olivos, dijo al sentir que llegaba la hora del suplicio: si es posible pase de mí este cáliz.

Y Jesucristo tuvo un ángel que lo confortara: á mí me abandona Serafina á todo el horror del desaliento, del escepticismo, de la misantropía.

Mi fastidio era ya crónico, la pereza y el abandono, mi carácter; el sueño mi vida.

Así pasé arrastrando la existencia hasta la entrada del invierno.

Una epidemia de fiebres invadió á Búrgos, por

un accidente atmosférico inesplicable. La gente se sobrecogió de un terror pánico, y todas las familias que tenían medios de hacerlo, escapaban de la epidemia huyendo á los pueblos inmediatos.

El punto de reunion principal fué Lerma: lo mejor de Búrgos fué atraído allí por la hermosura del lugar, su temperamento saludable, y las mayores comodidades que proporcionaba para la vida. Serafina fué una de las emigradas.

Yo la hubiera seguido; pero mis enfermos que no abandonaba enteramente y otros lazos que no podía romper, me detuvieron.

Muchas otras personas que como yo, tenían en Búrgos sus negocios y en Lerma su corazón ó su familia, tenían que hacer frecuentes viajes, estableciéndose así una comunicacion activa y diaria. Lerma solo distaba unas siete ó diez leguas, para cuyo tránsito se pusieron coches y diligencias de alquiler.

No pude resistir á la tentacion, y repentinamente un dia hice mi primer viaje.

En Búrgos reinaba el terror, el silencio, la muerte; en Lerma la vida, la libertad, la alegría: en Lerma estaba Serafina.

Trabajo me costó volver á mis ocupaciones y no tardé una semana en hacer el segundo viaje: el camino me divertía; el movimiento me despertaba, me sacudía de mi inaccion; la atmósfera de Lerma tenía un perfume que me encantaba. En pocos dias me convertí en la personificacion del movi-

miento: y como me hubiera abonado á la ópera, me aboné á la diligencia.

En cualquiera parte, en el mismo Lerma estaba yo inquieto, no hallaba la calma sino atravesandolos campos, adormecido por el sol, y arrullado por el monótono ruido del carruaje.

Antes no hacia caso de mis enfermos; ahora ellos comenzaban á abandonarme á mí, que en tiempo de epidemia no hacia mas que pasear sin tino ni objeto; solo por cambiar de lugar y de atmósfera; porque tambien Lerma llegó á fastidiarme y estendia mis escursiones á pié, á caballo ó en coche á los lugares inmediatos. Si hubiera yo tenido tanto dinero como esplin, le doy la vuelta al mundo como un lord fastidiado.

Pasando los dias y aun las noches á la intemperie, durmiendo en cualquier lugar, pasando todas las incomodidades de la imprevision y la imprudencia; así estaba yo, no contento, distraído á lo ménos, disipado, aturdido con el desórden y la novedad de las impresiones variadas.

Serafina permanecía impassible.

En Lerma se formaban tertulias nocturnas, partidas de campo cuando la atmósfera lo permitía; todas las diversiones y juegos capaces de entretenir en el campo la ociosidad de la gente acomodada, y acostumbrada á las ocupaciones de la etiqueta en un lugar que es la parodia de Madrid.

Yo me mezclaba en todas las reuniones; buscaba todas las ocasiones: Serafina me veía: tuve deses-

de que una sola vez me dirijiera la palabra; que se detuviera cerca de mí, y no se apartara léjos; siempre léjos, para evitar una ocasion, un accidente.

Todas estas circunstancias reunidas me condujeron al despecho y al completo abandono. Vivía en lo material como autómeta; siempre cansado, perezoso y soñoliento: en lo moral inaccesible á toda impresion que no me viniera de Serafina. Ni el porvenir, ni el pasado me despertaban; ni los consejos de mis amigos, ni los avisos de la conciencia.

Caminaba yo todo el dia; veía un momento á Serafina, y dormía toda la noche: al dia siguiente despertaba pensando adonde iria, en que ocupacion frívola mataria mi tiempo con ménos fastidio y ménos violencia.

Así pasé la vida hasta que llegó mi época anual de alegría: el carnaval de 1838.

XIX.

HISTORIA DE UN BESO

¡Historia de un beso!... hasta los niños de la doctrina podrian contarla: un hombre está cerca de una muger, le toma una mano, se la acerca á los labios, y..... la besa.... ¿Nada mas?... ¿Y ántes de llegar á ese beso no ha habido desèos, temores, esperanzas, zelos, noches de insomnio, ensueños deleitables, pesadillas horribles, promesas, juramentos?... ¿despues de ese beso, no quedan recuerdos, ni esperanzas, ni remordimientos?... Un beso sin antecedentes y sin consecuencias, seria el beso frio, material, que por hábito imprime el cenobita en la imágen empolvada de un claustro.....

Un beso para un niño enamorado, para un corazon inocente, es toda una pasion, el sello del amor, y un sello mas puro y mas perfecto que el que esige el materialismo. Para un jóven de pecho generoso, de sentimientos poéticos, de imaginacion acalora-

dá, un beso es mucho, bien merece una historia, y esta, precisamente esta, y no el beso, será lo que interese á los lectores: miéntras mas cansados estén de gozar todo género de placeres, tanto ménos tiempo deben haber tenido de analizar su propio corazon. ¿Dos años, dos meses de desear un beso que el primer dia pudo á todo trance haber sido robado, no merecen llenar unas cuantas páginas?

Por otra parte, un médico inteligente redacta una memoria sobre cada caso curioso que observa, para acumular datos y fundar un sistema: pues bien, yo he redactado tambien una monografía amorosa, para que los sicologistas y los moralistas tengan un dato mas en que apoyar sus doctrinas.

1838. Febrero y Marzo.

Las gentes de provincia suelen escoger para visitar á Madrid los dias de cuaresma. En uno de ellos, por el año de 30, encontré en el Prado á dos jóvenes acompañadas de un hombre que parecia su padre.

Nada noté en ellas, sino el aire de provincialismo tan visible para un madrileño. Sin embargo; la fisonomía de una de ellas se me fijó de manera, que despues de algunos dias la reconocí frente al aparador de una tienda, donde estaba mirando y divirtiendose con los mil objetos que se ponen para provocar los deseos de los ricos y la envidia de los pobres.

A principios de 32 fuí á Búrgos, como el lector recordará si quiere. Pues bien, la primera tarde que salí al paseo, lo primero que ví fué á aquella jóven que conocí en el Prado de Madrid: la reconocí, era la misma; y este hallazgo me causó una alegría superior à la importancia del acontecimiento.

Informandome de ella, supe que se llamaba Isabel. ¿Y qué nos importa Isabel? Es que tambien tengo una historia que contar á propósito de ella; una historia divertida.

Isabel es una muger de mas de 20 años; con toda la fisonomía de una española; bien proporcionada en las formas; tez morena y manchada; ninguna cosa particular, sino los piés pequeños; pero el conjunto agradable, y aun puede decirse atractivo: desde el modo de mirar hasta el de andar son artificiosos; pero este artificio es gracioso, bien sostenido, y á mí á lo ménos nunca me ha repugnado.

Segun el decir de los jóvenes, es una coqueta; todos, con mas ó ménos finura, con mas ó ménos rencor, espresan la misma idea; despues yo he creído que le convenia bien el epíteto.

Yo veo una muger que vive con lujo, y viste con elegancia y buen gusto, mas que nada con brillo; me agrada verla, y alcanzaria de ella un favor de buena gana; los hombres la murmuran, pero la lisonjean y la pretenden.

Le conozco, ademas de los que la rondan actualmente, dos amantes, uno en actual servicio, que la

visita todas las noches y que el público cree tan afortunado como puede serlo un hombre; y el que debió, hace algunos años, ser su marido. Las relaciones con este nunca han sido desde su época ni enteramente muertas, ni continuas, sino intermitentes, según las ocasiones ó los caprichos de ámbos.

Una casualidad me dió ocasion de hablar con Isabel en la antesala de su casa: encontré una mujer suelta y despejada, de maneras señoriles y muelles, cortes y amable con los que la rodeaban, inteligente, de imaginacion viva y lenguaje fácil, aunque no florido ni cultivado. Me pareció buena su amistad, y procuré no interrumpirla: no hallé repugnancia y le hice algunas visitas siempre de noche; hora en que encontraba al amante.

Una noche la oí decir, despues de una conversacion muy empeñosa que tuvimos—Qué imaginacion tan viva la de Gabriel: cuando ame ha de tener mucho entusiasmo.—Se engañaba Isabel como se han engañado muchas: sin embargo, me lisongé.

La epidemia invadió á Búrgos, y la hermosa Isabel emigró á Lerma como todos. Allí la seguí visitando y la encontré como siempre, amable y cortesana.

Una noche la encontré sola con el que debió ser su marido; con Victor, que así se llama. Me chocó la familiaridad y buena paz en que estaban, puesto que yo sabía que se habian dicho palabras

duras, y recibido mutuamente desengaños amargos á causa del otro amante.

Este llevaba por lo ménos tres años de relaciones visibles con Isabel, que no habia quebrado con Victor sino mucho tiempo despues: y ahora se encontraban solos en ausencia del amante, y hablaban en voz baja cuando yo llegué.

Inesplicable era esto para mí; y aún lo será por mucho tiempo. Lo único que he llegado á comprender, es que Victor sirve de espantajo á todos los pretendientes quienes tienen que sufrir sus impertinencias, y reprimir los zelos que les causa en presencia ó en recuerdos. Víctor, cuyo nombre se oye pocas veces en los labios de Isabel, le sirve de motivo y disculpa para todo; es un último atrincheramiento y refugio en las dificultades galanteriles.

Llegó el carnaval, y los lermehños, animados con la presencia de los burgaleses, hicieron baile de máscaras público en su gran teatro. La tercera noche se presentaron, entre la turba de gente hedionda y mal vestida del pueblo, unas cuantas mugeres, entre las cuales reconocí á Isabel. Celebré el capricho de las principales burgalesas, y me alegré de tener con quien disipar mi fastidio. Como yo era tambien uno de los pocos hombres con quien ellas podian bailar, bailé con Isabel la mayor parte de la noche.

Desde el primer valse percibí que estaba inquieta: reia sin motivo aparente, reprimia movimientos

repentinos y estraños, y estaba distraida cuando yo le hablaba; sus ojos, única cosa que podia ver bajo la careta, brillaban con una espresion airada: busqué el motivo de esto, y me pareció encontrarlo en Víctor que estaba en su palco, enamorando, á mi ver, á la misma cocinera de Isabel; cocinera de 15 años, fresca, bonita, coqueta en su rango, y objeto de las pretensiones de todos los burgaleses aficionados á las buenas chicas.

Entendí que estaba, mas que zelosa, picada, porque el agravio que se hacia á su vanidad era bien notable: procuré divertirla divirtiendome, y la llené de flores y simplezas que recibió de mejor manera que yo esperaba; al terminar la noche le pedí como trofeo y recuerdo del baile un lazo con que llevaba atada una esclavina de punto, rehusó darmela pero con blandura; yo no insistí, y despues de darla el brazo hasta su casa nos despedimos mejores amigos que ántes.

Yo la veia picada, veia tambien que mis palabras eran bien recibidas y solo me aventuré á pedir un pedazo de liston!..... Tengo el carácter mas raramente necio; comprendo las situaciones: me jacto de conocer el corazon humano; doy siempre buenos consejos, y cuando me encuentro en un lance, me conformo con percibir la facilidad sin aventurarme jamas á la prueba. ¿Es esto timidez ó fatuidad? ¿respeto, ó lástima á las mugeres, ó mi indiferentismo habitual?

En el entusiasmo de los placeres, siempre se piensa en preparar otros nuevos para despues; así que se habia hablado entre las personas emigradas de otro baile de máscaras mas bonito para el domingo prócsimo: este dia estaba yo en Búrgos, á pesar del alboroto que no dejaba de sentir por volver á bailar con Isabel; pero no habia encontrado una ocasion de sacudir mi pereza, y resolverme á emprender un viagé; por otra parte ninguna causa me detenia. A la una de la mañana de este domingo estaba yo en casa de un amigo pretendiente de la hermana de Luisa; por alborotarlo, y mas bien por alboratarme á mí mismo, le hablé del baile, nos resolvimos, buscamos un coche á cualquier precio, y casi sin comer nos pusimos en camino á las tres de la tarde; á las ocho de la noche entramos, y tuvimos que represantar un bien triste papel, delante de las muchachas que nos vieron llegar esperando un baile que no hubo; se rieron de nuestro engaño, nos consolaron con buena conversacion, y al dia siguiente nos volvimos despues de habernos despedido.

Es ya evidente que no solo aprovechaba, sino que buscaba yo las ocasiones de hablar con Luisa y de intimarme en su trato; pero todavía no era sino la vanidad de verme medio camelado por una muger de moda; mi amor pertenecia aún exclusivamente á Serafina; de tal modo le pertenecia que en las últimas semanas que permaneció la corte en Búrgos, no pensaba sino en ella, y estaba decidido á buscar

y aprovechar una ocasion de aventurar una declaracion mas formal, y de formar con su familia las relaciones que hasta entónces no habia podido tener, para de este modo seguir una empresa descuidada á mi pesar y por pereza tanto tiempo. Fomentaban entónces mis deseos algunas jóvenes amigas de Serafina y mias que en sus continuas conversaciones conmigo me compadecian, la culpaban á ella de injusta y me ofrecian proteccion.

Pero la epidemia cesó, los emigrados volvieron á Búrgos, y todos los proyectos que yo habia formado quedaron en teoría. Me olvidé enteramente de Isabel á quien me habia acercado la ocasion, y seguí pensando en Serafina con la misma cronicidad de siempre.

XX.

TRES DIAS.

19 de Marzo.

¿Qué es el honor?

La respuesta es mi vida.

Estaba yo en Madrid hace siete años, en mi cuarto, tirado largo á largo sobre mi cama echando jardines.

Ignacio llegó haciendo estrépito en la puerta, sudoroso, desalado.

—Anda, pronto: dame papel, pluma, tinta.... Pero papel fino, del mejor que tengas..... ¡Anda, hombre!....

—Voy, voy.

Y me levanté diciendo entre mí—Novia tenemos.

Ignacio escribió su carta, la cerró y se fué ántes de darme tiempo de preguntarle.

A los dos meses me convidó Ignacio á ir á misa: extraño convite.